



Bóveda de la Capilla Sixtina (*El Profeta Zacarías*), 1508-1512, Vaticano, Roma

Hernán Cortés y Bartolomé de las Casas: México en busca de su reconciliación

Guillermo Ordorica Robles*

La visión profética y milenarista de la historia se presta a diversas interpretaciones; en el caso de los acontecimientos vinculados con el descubrimiento y conquista de América, se traduce en crónicas y relatos cargados de contenidos ideológicos. Este es el caso de personalidades relevantes que participaron en esos procesos como son, además de Cristóbal Colón, los del conquistador de México, Hernán Cortés, y del denominado “defensor de indios”, Bartolomé de Las Casas.

Las figuras de Cortés y Las Casas encarnan bien esta cosmovisión: el primero como militar y el segundo en su condición de religioso y abogado de los indios, han sido objeto de toda suerte de valoraciones. Su marcado protagonismo en el proceso de conclusión de la conquista y de la reflexión intelectual que la acompañó, ha hecho de ambos personajes héroes y villanos, dependiendo del autor de que se trate, lo que ha derivado en estudios sesgados y poco objetivos de su obra.

En ambas personalidades hay notables destellos de la imagen del mundo de entonces y, por ende, son una valiosa fuente para identificar las

reflexiones que los condujeron a pensar el pasado y el futuro a partir de sus respectivas experiencias mexicanas. Cortés y Las Casas fueron hombres de acción, el primero con la espada y el segundo con la cruz, cuyas respectivas trayectorias son fundamentales para entender el desarrollo de las ideas que, posteriormente, habrían de dar forma al hombre americano en el imaginario colectivo europeo y de conferir un nuevo rostro a los estudios geográficos de la época.

Un capitán y un religioso, ambos españoles tardo medievales tan iguales y tan diferentes, rompieron con los viejos paradigmas de cultura, tiempo y espacio que estructuraban el pensamiento occidental del tiempo que les tocó vivir. Por ello, por sus cualidades y méritos personales, el estudio de su obra adquiere un acentuado interés cuando se trata de conocer las primeras impresiones que se llevaron los europeos sobre la realidad del Nuevo Mundo y, en el mismo sentido, las reflexiones que ofrecieron la base para la construcción de México y su incorporación a la vorágine del mundo occidental.

En el caso de Cortés, es relevante reconocer su proclividad a identificarse y apropiarse, en sentido real y emocional, de la tierra recién conquistada, con todas las consecuencias que ello trae aparejado cuando se habla de la más temprana conciencia criolla. El valor estratégico que Cortés otorgó al territorio mexicano como



Bóveda de la Capilla Sixtina (*El Profeta Jeremías*), 1508-1512, Vaticano, Roma

punto de enlace entre la vieja Europa y la Mar del Sur (el Pacífico y Asia Oriental) así como las acciones que realizó para materializarlo, dicho sea de paso, la construcción de astilleros y las exploraciones marítimas que efectuó, permiten reconocer en el conquistador a un visionario que, ya desde los albores del siglo XVI, acreditaba el papel de la incipiente Nueva España —luego México— como espacio de encuentro, comunicación e intercambio a escala global. En este sentido, es posible confirmar la hipótesis de que México, con la notable excepción del periodo de consolidación del Estado nacional, que va de la consumación de la Independencia hasta la Revolución mexicana, tiene desde su génesis una vocación natural de apertura y universalización, que encuentra asidero en el proceso de esa primera globalización que supuso el encuentro entre dos mundos, hace ya más de quinientos años; un proceso que gravitó alrededor de Hernán Cortés.

Por lo que hace a Las Casas —quien al igual que Cortés fue un leal agente del Imperio, no obstante sus constantes denuncias de los excesos que cometían los españoles en perjuicio de los indígenas— su obra a favor de los derechos de los indios acabó siendo una reflexión útil a la Corona, que de esta forma tuvo en su haber los recursos para contrarrestar la cara mala de la conquista, la denominada “leyenda negra”, mediante un discurso que apeló a la ética de la campaña militar y buscó dar prestigio a la monarquía y al emperador Carlos V. Las Casas fue un verdadero disidente de las accio-

nes de guerra de Cortés y sus conquistadores; no obstante, la polémica que sostuvo con Juan Ginés de Sepúlveda y las tesis que planteó en beneficio de la defensa de los naturales de América, guardan una notable semejanza con el objetivo de las acciones del capitán extremeño, que no fue otro que conquistar las Indias en bene-

ficio de la monarquía española e incorporar a los habitantes del Nuevo Mundo en la historia de la cristiandad.

En este sentido, como también acontece en el caso de Cortés, Las Casas fue un genuino “español indianizado”, un peninsular potencialmente revolucionario y símbolo de un debate, en su caso legalista, que tuvo el mérito de poner a México en el centro de la atención de la inteligencia de la época. Otra vez, el paralelismo con Cortés es evidente: Las Casas, al igual que el conquistador, hace de México un actor destacado del universo europeo del siglo XVI y de las ideas que lo caracterizaron. Y esta aseveración es tan clara que el propio Montaigne, ciertamente sin tener idea de los alcances que tendría su juicio, avivó en el Viejo Continente la opinión negativa hacia Cortés y estimuló una idea positiva de Las Casas. “... Montaigne denuncia ‘la ceguera del civilizado’ ante todo sistema de valores diferente al suyo y la lógica de la atrocidad que ha ido a sustituir a la propagación de la fe”.¹

En sentido contrario a esta valoración, el jesuita Francisco Javier Clavijero, autor de la *Historia antigua de México*,² que como él mismo señala escribió porque... “Me he propuesto como principal objeto la verdad”,³ ofreció una breve semblanza de diversas personalidades que vivieron en la época de la conquista, entre ellos y por supuesto de Cortés y Las Casas. Al referirse a las conquistas emprendidas por los españoles, Clavijero afirma que se aparta “...de la invectiva del ilustrísimo señor Las

Casas, porque no quiero adular a mis nacionales ni tampoco calumniarlos”.⁴ Más adelante, en beneficio de la honestidad de Hernán Cortés, indica que en sus Cartas de Relación “...no alaba sus propios hechos ni oscurece los de otros. Si él hubiera tenido el atrevimiento en engañar a su rey, sus enemigos, que tantas quejas presentaron contra



Bóveda de la Capilla Sixtina (*Sibila Libia*), 1508-1512, Vaticano, Roma

él en la corte, no hubieran dejado de echarle en cara un delito como éste”.⁵ Una vez más, al referirse a Bartolomé, al que califica de “muy benemérito de los indios”, recuerda que los “terribles escritos” que dirigió tanto a Carlos V como a Felipe II “...en favor de los indios y contra los españoles conquistadores, impresos [...] en odio de los españoles en varias lenguas de Europa [...] [reflejan el] ...demasiado fuego de su celo [que] difundió luz con humo, esto es, lo verdadero mezclado con lo falso, no porque de intento solicitase engañar a su rey y a todo el mundo [...] sino porque no habiendo presenciado lo que refiere de México, se confió demasiado en los informes de otros...”⁶

Esta es pues la referencia contradictoria de la que parte cualquier estudio sobre Cortés y Las Casas, un estudio que en el México de hoy parece estar indefinidamente pospuesto, no obstante la relevancia de escudriñar en estos dos hombres algunos de los elementos formativos de la recia nacionalidad mexicana de hoy.

Estas breves líneas tienen como objetivo llamar la atención de la conciencia crítica de México, de un país que lamentablemente vive condiciones de violencia que lastiman el tejido social y alejan a los universitarios y académicos de la necesaria reflexión sobre el pasado, en beneficio de estudios de coyuntura que con frecuencia se agotan en cifras que no dicen nada pero que, al cubrirse con el manto protector del “dato duro”, buscan legitimidad y pertinencia.

México requiere revisar estereotipos y reclasificar

hombres e ideas, de tal suerte que se evite la ideologización de la historia y se acabe con la creación de héroes y mitos. Cortés y Las Casas son dos personajes vigorosamente vinculados a la historia nacional, que ofrecen la posibilidad de ser estudiados sin ánimos de revancha ni de apropiación política. Si eso se logra, las

nuevas generaciones podrán tener una visión más equilibrada de sus respectivas obras y, más importante aún, de la verdad histórica de México, de un país que no ha sabido dar a los hombres y mujeres que lo forjaron, un trato justo y equilibrado. Precisamente porque es hora de que México cure sus heridas, releer y replantear a Hernán Cortés y a Bartolomé de Las Casas es tarea impostergable.

En este proceso de enconada y estéril lucha entre personalidades que son víctimas de la política y las ideologías, Hernán Cortés y Bartolomé de Las Casas están en el epicentro. Los mexicanos del siglo XXI insistimos en identificar en la historia nacional las debacles y culpas que justifiquen nuestro retraso para acceder al desarrollo y a la justicia plena a la que todos tenemos derecho. Por ello, la discusión de la génesis de nuestro país y sus principales actores no es tarea ociosa; en la medida en que seamos capaces de revisar de manera objetiva y sin pasiones los orígenes de la nación y la obra de sus principales constructores, en esa proporción habremos de reconciliarnos con ese pasado común, que nos une y ofrece la plataforma natural para reconstruir el lastimado tejido social de México.

*Consejero del Servicio Exterior Mexicano. Cónsul Adscrito de México, en El Paso, Texas.

¹ M.M. “Montaigne et le conquérants...” p. 367, *apud* Jacques Lafaye, *Mesías, cruzadas, utopías. El judeo-cristianismo en las sociedades iberoamericanas*. FCE, México, 2ª ed., 1997, p.180.

² Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México* (pról. Mariano Cuevas). Porrúa, México, 2003 [col. Sepan Cuantos...].

³ *Ibid.* p. XXII.

⁴ *Idem.*

⁵ *Ibid.* p. XXV.

⁶ *Ibid.* pp. XXVIII-XXIX.